

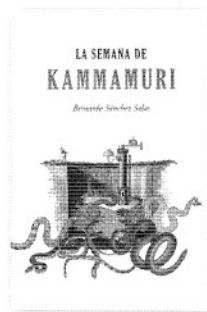
materialista armado con unos ideales y con una inocencia que fracasan. En definitiva, no sólo es una novela de formación sino que ésta toma la forma del desengaño. Ahora sí estamos a este lado del meandro de la historia del que hablábamos antes, esto ya no nos resulta ajeno. Manuel, abandonado, vuelve a su casa, a la familia, a llevar una vida particular, en la soledad de su individualismo desencantado que es el nuestro, con la única compañía cierta de sus parientes y amigos más cercanos. Ahora bien, en una sociedad poseída por el consumismo y roída por la creciente desestructuración de la familia y la comunidad local, la pregunta que nos asalta es si a los *manueles* de hoy les quedará por mucho más tiempo este último refugio, esta última línea de resistencia.

Volviendo a *El método Coué*, y ya para terminar, simplemente reseñar que el autor, para poder narrarnos este proceso de formación-desengaño, dota a su novela de una gran variedad, no sólo de lugares y tiempos (esto ya lo hemos visto), sino también de voces y géneros. El protagonista se mueve en un amplio mundo lleno de multitud de personajes con distintas perspectivas: jerarcas fascistas, maquis españoles, exiliados republicanos, supervivientes camaleónicos, espías ingleses,

fanáticos desengañados, putas del submundo berlinés, etc. Su aprendizaje vendrá de la mano de esta diversa socialización. Como consecuencia, el autor se ve abocado a presentarnos un texto que es una novela de aventuras, pero también, de amor; que es una novela bélica, pero también de espías; tiene algo de picaresco, pero también, de profundización psicológica y existencial.

Son estos rasgos los que hacen que el lector tenga en sus manos un texto que, no por ser complejo y enfrentarse a temas cruciales tanto de nuestro tiempo como de la naturaleza humana transhistórica, deja de ser muy ameno y prometernos unas cuantas horas de aprovechado entretenimiento.

Gonzalo Martínez Camino



La semana de Kammamuri

Autor: Bernardo

Sánchez Salas

Editorial: Gobierno

de La Rioja

Lugar y año: Arnedo, 2009

Páginas: 219

TIEMPOS DE CAMBIO Y CIRCO

Un rosario de personajes, un sinfín de avatares y menudencias pueblan una ciudad de provincias bulliciosa e ingenua, vital y al tiempo anquilosada, como un nuevo retablo de maravillas que, en vez de construido de aire, se construye de una realidad tangible pero igualmente fascinante. Decenas de minusculeces que conforman de manera precisa y nítida la intimidad de una reconocible Logroño sustentada por una manera de entender la vida en que cada suceso se conecta indefectiblemente con la intrahistoria de cada personaje. Ése es el fondo y al tiempo el mérito de la novela de Bernardo Sánchez, *La semana de Kammamuri*, cuya publicación, diferida durante años, nos confirma el gusto de su autor por crear frescos, donde demuestra que la memoria puede no sólo ser recuperada sino también revivida y disfrutada si hay una mano capaz de insuflarle aliento.

Sobre el fondo de la etapa republicana —en que pesa más el cambio del mudo al sonoro que las sombras de un conflicto bélico en lontananza—, la ciudad y sus gentes se convierten en el alma del gran teatro del mundo y son

rememoradas por un narrador capaz de mostrar su asombro ante cada detalle con una entrañable mezcla de humor y ternura: el joven atribulado que ve en el esperanto el futuro de la solidaridad humana; la muchacha que vive en la casa de arriba aferrada a la máquina de escribir; la ubérrima nodriza; el hombre capaz de ver dobles de cada uno de sus vecinos; la pastelera que aprovecha las circunstancias para crear sus golosinas... Y, como nexos omnipresentes que engarza cada una de estas vidas, la presencia excepcional de Kammamuri, quien desde su inmovilidad es capaz de poner a todo un pueblo en vilo: un insólito espectáculo capaz de convulsionar no sólo al muchacho que relata la historia, sino a todo un colectivo aferrado a sus creencias y desconfiado ante los cambios y las novedades, y por ello convertido en metáfora de lo por venir.

El conocimiento de la época por parte del autor es encomiable —lo que ya había quedado de manifiesto en su obra académica—, y cada detalle contribuye a dotar el relato más que de veracidad, de encanto. Así, las bebidas, las músicas, las películas, los lugares y las personalidades culturales y políticas suponen un guiño para el lector que no sólo se deja encandilar por las

hazañas intrascendentes que en el contexto adquieren un peso específico capital, sino también por las muestras que recogen una forma de vida tan cercana en el tiempo y al mismo tiempo tan exótica como el propio Kammamuri.

Trabajo arduo es dotar al entramado de una unidad clara, de una estructura y de un ritmo permanente —lo que además complican las innumerables frases parentéticas a las que el narrador no renuncia para insertar sus pareceres—, pero el autor logra crear una cautivadora sucesión de viñetas que, desde la perspectiva a la vez ingenua y distanciada del fascinado muchacho que asiste a la proeza del extraño que llega a perturbar la cotidianeidad, adquieren el papel de las fotografías envueltas en las nubes de humo del fogonazo, de las historias narradas por el explicador que ve que la modernidad amenaza con arruinar un mundo lleno de esperanzas e ilusiones.

Acaso el mayor lastre que aqueja a la novela sea lo que le pasó al castellano de las barbas mesadas cuando le espetaron aquello de “buen vasallo si hubiese buen señor”. Ciertamente, la iniciativa del Actual al publicar *La semana de Kammamuri* es encomiable; además, la edición resulta

de agradable lectura y bien presentada, y las ilustraciones que la acompañan enriquecen un producto editorial muy estimable. Naturalmente, el pero se encuentra en que la novela de Bernardo Sánchez, finalista del premio Azorín, merece una difusión amplia. Y ello justamente por el color provinciano de que se tiñe, pues nada más universal que hablar de lo que ha forjado el carácter y las entrañas de un pueblo y su identidad. Eso es lo que con mano de alquimista ha quintaesenciado el autor a través de dos planos: el del lenguaje y el del paisanaje. Y especialmente el primero, en la difícil cuerda floja que marca la separación entre el fuego de artificio de laboratorio y la espontaneidad de un localismo que forma parte de una manera de concebir el mundo y que lo dota de su personalidad específica. Es en estos retos donde el autor se la ha jugado y donde ha salido airoso casi siempre, demostrando la plena consolidación de su capacidad narrativa.

Ricardo Mora